

Solo para esposos

*Tres principios para
amar a su esposa*

Tony Evans



La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *For Married Men Only* © 2010 por Anthony T. Evans y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Solo para esposos* © 2011 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.
Traducción: Daniel Menezo

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

978-0-8254-1236-3
978-0-8254-0384-2 Kindle
978-0-8254-8480-3 epub

1 2 3 4 5 / 15 14 13 12 11

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

1. El papel de salvar	5
2. El papel de santificar	25
3. El papel de satisfacer	45

EL PAPEL DE SALVAR

Un predicador estaba oficiando una boda cuando llegó a la parte de la ceremonia en la que es tradicional preguntar si alguien conoce algún motivo por el que la boda no deba seguir adelante. De modo que el predicador preguntó si había alguna persona que tuviera algo que objetar a los esponsales, y una voz resonó por toda la iglesia: «¡Yo sí!».

«¡Silencio!», respondió el predicador. «Usted es el novio. ¡No puede objetar!»

Nunca he oficiado una boda en la que haya sucedido esto. Pero, a juzgar por el impresionante índice de divorcios en nuestra cultura, quizá debería haber más ceremonias de boda que se detuviesen porque alguien objeta a esa unión. Y eso incluye las bodas entre cristianos, porque en lo relativo a los divorcios, al cuerpo de Cristo en los Estados Unidos no le va nada mejor que al resto del mundo.

Es evidente que hay muchas personas que se casan sin tener apenas idea (o ninguna) de lo que hacen, y/o con una visión imperfecta de la persona con quien se unen. Todos sabemos que durante el noviazgo se nos «venden» muchas cosas. Luego, cuando las dos personas se casan, se dan cuenta de

que les han vendido una historia no del todo cierta. El matrimonio no es lo que pensaban que iba a ser, y una de las dos partes (o las dos) quiere dejarlo.

Yo sostengo que uno de los motivos por los que tantas personas tienen semejantes problemas en su matrimonio en esta época es porque se casan socialmente, en lugar de hacerlo teológicamente. Es decir, que sus matrimonios se basan más en las convenciones sociales y en las expectativas de las familias que en un fundamento bíblico sólido. Por lo tanto, no es de extrañar que muchos esposos y esposas tengan poca idea de lo que deberían hacer para que sus matrimonios funcionen.

En este libro abordaremos el papel del hombre, pero también quiero mencionar brevemente el rol de la mujer, porque ambos están hombro con hombro en un pasaje crucial que cierra el análisis más exhaustivo que hay en la Biblia sobre la relación matrimonial. En Efesios 5:33 leemos: «Por lo demás, cada uno de vosotros *ame* también a su mujer como a sí mismo; y la mujer *respete* a su marido» (cursivas añadidas).

Estas dos palabras destacadas son un resumen conciso de las responsabilidades que tienen maridos y esposas los unos para con los otros. A los maridos se les ordena que amen a sus esposas, y a éstas que respeten a sus cónyuges. Dado que este libro va dirigido al rol del hombre en el hogar, hablaremos de qué significa que un hombre ame a su esposa.

Efesios 5:25-31 define con detalle cómo debe

tratar un marido a su esposa. Quiero empezar con el mandamiento básico que abarca el llamamiento del marido: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia» (v. 25a).

Hoy día, la palabra «amor» se ha usado con mucha frivolidad y se ha reducido a su mínima expresión, hasta el punto de que muchas personas no ven diferencia alguna entre «Amo este lugar» y «Amo a mi esposa».

Por eso necesitamos empezar recordándonos que la definición de amor en la Biblia supone mucho más que el gusto o la preferencia personal, incluso que el afecto. El concepto bíblico de amor ágape conlleva entregarse uno mismo en beneficio de otro, incluso aunque al hacerlo salga perdiendo. El amor bíblico se define mediante el deseo apasionado y justo de buscar el bienestar de otra persona. El amor bíblico es un acto de la voluntad, no una mera sensación imprecisa en la boca del estómago. Por eso Dios puede ordenarnos que nos amemos los unos a los otros. En realidad el amor no tiene nada que ver con si usted lo siente o no en un determinado momento. Tiene que ver con la necesidad de la persona amada, no con los sentimientos de quien ama. Más adelante veremos cómo se aplica este amor a una relación matrimonial.

Teniendo a mano esta definición del amor, estamos preparados para reflexionar sobre tres maneras prácticas en las que un marido puede cumplir su papel: convirtiéndose en el salvador y el santificador de su esposa y en el que satisface sus necesidades.

EL SALVADOR DE SU ESPOSA

La primera manera en que un hombre debe amar a su esposa es convirtiéndose en su salvador. No se escandalice con este término, porque lo usamos en un sentido estrictamente no religioso, para capturar la fuerza del mandato de Pablo: que los esposos amen a sus mujeres del modo en que Cristo ama a su Iglesia.

Esto quiere decir que debemos descubrir cómo ama Cristo a la Iglesia, porque ése es el modelo que deben seguir los maridos antes de que se les pueda clasificar legítimamente como amantes. Todos los hombres que conozco quieren ser amantes, de modo que vamos a descubrir qué hace falta para amar a nuestras esposas como Jesucristo ama a su Iglesia.

Ahora bien, antes de empezar nuestro estudio, quiero pedirle que deje a un lado lo que haya oído sobre el amor y el matrimonio en la calle, la televisión o las películas, e incluso quizás en su trasfondo familiar, y permita que la Palabra de Dios le hable directamente.

Hay al menos tres principios o verdades que todo marido debe saber sobre el amor a su mujer basado en el que siente Jesús por su Iglesia. Incluso si aún no se ha casado, le animo a tenerlos en cuenta, porque constituyen la esencia de ser un esposo con éxito. Podemos resumir estos principios en tres palabras: sacrificio, sufrimiento y sustitución.

SACRIFICARSE POR SU ESPOSA

¿Cómo amó Cristo a la Iglesia? Primero, «se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:25*b*). Esto se refiere

al sacrificio que Jesús hizo en la cruz para que los pecadores, como usted o yo, podamos ser salvos. Por lo tanto, si el amor que siente un marido por su esposa debe parecerse al de Cristo por la Iglesia, podríamos decir que ese amor debe ser cruciforme: en forma de cruz.

Ahora bien, a la mayoría de hombres no nos apetece que nos hablen de cruces y de sacrificios. Queremos que nos digan cómo se supone que podemos llevar una corona, como reyes de nuestro castillo.

Bueno, pues tengo noticias para todos. Jesús llevó una corona, pero fue de espinas: la que le pusieron de camino a la cruz. Y hoy día lleva una corona como Rey del cielo, pero la cruz vino primero. No se obtiene la corona sin pasar por la cruz. Por decirlo de otro modo: usted no obtiene la gloria de la resurrección sin el sufrimiento de la cruz.

De manera que aunque la mayoría de los hombres quiere hablar de la gloria del amor, lo primero que Dios quiere saber sobre usted como marido es lo siguiente: cuando su esposa le mira, ¿ve una cruz? Dios quiere que usted se parezca a Jesús, que sea un «pequeño Jesús» en su hogar, mediante el modo sacrificado en que ama a su esposa.

A los hombres se nos da muy bien publicar nuestro amor. Podemos resultarle impresionantes a una mujer cuando le decimos que siempre estaremos allí, protegiéndola e incluso, si fuera necesario, muriendo por ella.

Pero no estamos locos. Sabemos que la posibilidad de que suceda algo así es muy remota.

Personalmente, no conozco a ningún hombre a quien hayan disparado, acuchillado o herido mientras protegía a su esposa de un intruso enloquecido, y es probable que usted tampoco conozca a nadie. Eso no le va a pasar a la mayoría de nosotros, o a nadie que conozcamos. Por lo tanto, podemos sentirnos bastante seguros mientras decimos que, por nuestra esposa, hasta daríamos la vida.

Pero para la mayoría de nosotros, la cosa cambia cuando nos abocamos a la materia cotidiana que compone un matrimonio: el sacrificio de nuestros deseos, opiniones, preferencias y planes en beneficio de nuestra esposa. Cuando Dios llama a los maridos a entregarse por sus esposas, no habla solamente de estar dispuestos a morir por ellas. Sacrificarnos por nuestras esposas conlleva estar dispuestos a clavar en la cruz nuestros deseos y proyectos a fin de amar a nuestras esposas y satisfacer sus necesidades.

**DIOS QUIERE QUE USTED SE
PAREZCA A JESÚS, QUE SEA UN
«PEQUEÑO JESÚS» EN SU HOGAR,
MEDIANTE EL MODO SACRIFICADO
EN QUE AMA A SU ESPOSA.**

Esto nos lleva al área en la que, como maridos, fracasamos tan a menudo, que es el egoísmo. Frecuentemente los hombres no están dispuestos a renunciar a sus deseos y a sus proyectos, cuando sea

necesario, por sus esposas. No obstante, un marido debería hacer ver a su esposa que a sus ojos ella tiene un valor tan infinito que pondría a un lado cualquier cosa para que ella estuviera bien.

La cuestión del sacrificio del marido es muy sencilla: si le diera a su esposa un trozo de papel y le pidiera que hiciese una lista de lo que usted le ha dado, que era de valor para usted, para satisfacer las necesidades, los deseos o las peticiones de ella, ¿cómo sería de larga la lista?

Si le preguntara a su esposa de qué maneras ha modificado usted sus planes y su agenda en el pasado porque vio que ella tenía una carga, o una necesidad que usted podía ayudarle a sobrellevar, ¿podría ella recordar algún episodio?

Si no es así, amigo mío, usted ha dejado de sacrificarse. Ha dejado de representar a Jesús en su hogar.

Ahora bien, algún esposo puede decir que su esposa no se acuerda de algún momento determinado, o que se dieron otras circunstancias aparte. Pero la idea es que su sacrificio debería ser visible, no solo verbal. Cuando hablamos, debemos jugar según las reglas. En otras palabras, nuestras esposas no deberían tener que devanarse la mente para recordar la última vez que hicimos por ellas algo que se califique de sacrificado, porque se beneficiaron de ello a pesar de que nosotros salimos perdiendo.

Permítame que ilustre esta idea usando el ejemplo de Cristo. ¿Hay algo nebuloso o difícil de recordar sobre la realidad de su sacrificio por nosotros, y el modo en que nos beneficiamos de éste? Por supuesto

que no. El único motivo de que seamos salvos es porque Jesús fue a la cruz y puso en ella su vida, para que nosotros pudiéramos pasar de muerte a vida y del infierno al cielo.

Y por si alguien no captaba del todo el alcance del sacrificio de Jesucristo, Pablo escribió estas palabras:

«El cual [Jesús], siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:6-8).

Antes de que existiéramos los seres humanos pecadores, Jesús nunca tuvo que experimentar hambre, sed o dolor. Nunca estuvo solo, ni lo maltrataron ni malinterpretaron. No fue perseguido hasta la muerte antes de entrar en este mundo, ni dio su vida como sacrificio por usted y por mí. Abandonó el esplendor del cielo cambiándolo por la miseria y el sufrimiento de este mundo, y todo por el amor que sentía hacia nosotros.

Jesús podría haber adoptado la actitud que tienen algunos maridos: «No pienso sacrificarme por alguien que no aprecia mis esfuerzos y no se sacrifica por mí en absoluto». Demos gracias a Dios porque Jesús no adoptara esta postura, porque si no tendríamos graves problemas. Jesús se entregó por la Iglesia.

Uno de los entornos interesantes donde

escuchamos hoy día esta terminología del «entregarse» es en el deporte del béisbol, que tiene una jugada que se llama el «batazo de sacrificio».

La jugada es sencilla. El bateador renuncia a su ocasión de golpear la pelota tres veces, y da un batazo deliberadamente corto, de modo que avancen el corredor o los corredores. El bateador que se sacrifica es eliminado casi siempre en la primera base. De hecho, ése es el plan, porque no le interesa que el corredor o los corredores que le preceden sean eliminados y pierdan la oportunidad de anotar carreras.

Lo interesante del caso es el proceso mental que tiene lugar cuando un bateador alza la vista y ve que el entrenador de la tercera base le hace la señal de sacrificarse. A menudo, la necesidad del «batazo de sacrificio» llega en un momento crucial del partido, cuando una carrera podría suponer la diferencia entre la victoria y la derrota.

En otras palabras, al bateador que recibe la señal de sacrificarse se le está pidiendo que renuncie a su oportunidad de ser «el hombre», el héroe, en una situación complicada. No puede flexionar los músculos y demostrar lo que puede hacer con su bate. Su trabajo consiste en dar un golpecito suave, de modo que le eliminen al primer golpe en beneficio del equipo.

Creo que ya sabe adónde quiero ir a parar. Dios ha llamado a todos los maridos a practicar un «batazo de sacrificio» por sus esposas, por así decirlo. En el día a día, quizás esto quiera decir simplemente no salirse siempre con la suya porque es el líder del

hogar. El sacrificio conlleva lo que es mejor para la otra persona, no necesariamente para nosotros. Jesús renunció al cielo por salvarnos, no porque tuviera que hacerlo, sino porque quiso.

El sacrificio de Jesús dice a los maridos qué significa amar. Amamos por elección, no por sentimiento. Como dijimos antes, amar hoy a su esposa tiene poco que ver con si hoy se siente con ganas de amarla o no. El amor bíblico se genera debido a la necesidad de la persona amada, no necesariamente a los sentimientos o los deseos de quien entrega su amor.

Cuando los deseos del amante y las necesidades de la amada coinciden, es estupendo. La Biblia dice que Jesús soportó la cruz «por el gozo puesto delante de él» (He. 12:2). Su alegría radicaba en el conocimiento de que su sacrificio compraría nuestra redención. Sentía gozo debido a su gran amor por nosotros (véase Ef. 2:4).

Esto es importante, porque no estamos diciendo que el acto de sacrificio de un marido por su esposa deba ser doloroso. No hace falta que apriete los dientes, gruña y lo haga porque sabe que es lo mejor para ella. Cuando usted ama a su esposa del modo en que Cristo ama a la Iglesia, sacrificarse por ella le aportará una gran alegría, porque sabrá que se la ha dado también a ella.

Pero incluso cuando el sacrificio duele y conlleva un coste real para el marido, éste es llamado a dejar a un lado sus deseos para el bien de su esposa. Son demasiados los matrimonios que se resienten porque en ellos ya no hay sacrificios.

SUFRIR POR SU ESPOSA

Cuando un hombre decide amar a su esposa con el amor de Cristo, entonces, además del sacrificio, tendrá sufrimientos. Usted no puede renunciar a algo que es importante o valioso para usted sin sufrir.

Cuando Jesucristo estuvo en el huerto, oró diciendo: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa» (Mt. 26:39). La cruz suponía un trauma para Jesús, porque sabía que conllevaba un gran sufrimiento. Su espíritu humano se sumió en la agonía cuando contempló la crucifixión que le esperaba.

Pero Cristo sabía también que no había ninguna otra manera de alcanzar nuestra redención, de modo que concluyó su oración diciendo: «pero no sea como yo quiero, sino como tú». El sacrificio comporta sufrimiento.

En ocasiones, amar a su esposa con un amor sacrificado hará que usted padezca. Jesús nos llamó, como pueblo suyo, a tomar nuestra cruz y seguirle (véase Mr. 8:34).

**EL AMOR BÍBLICO SE GENERA DEBIDO
A LA NECESIDAD DE LA PERSONA
AMADA, NO NECESARIAMENTE A LOS
SENTIMIENTOS O LOS DESEOS DE
QUIEN ENTREGA SU AMOR.**

Usted no creía que la cruz fuera solo para Cristo, ¿verdad? Mi versículo favorito de la Biblia nos dice lo

contrario. Es un versículo que me repito cada mañana cuando me despierto y empiezo mi día. Gálatas 2:20 dice: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Nosotros también debemos morir a nosotros mismos cada día para seguir a Cristo, y en el caso de los maridos esto conlleva morir a nuestros planes y a nuestras preferencias para amar a nuestras esposas como a nosotros mismos. Clavar estas cosas en la cruz puede doler. Pero, una vez más, no podemos obtener la gloria de la resurrección sin soportar la cruz y morir a nosotros mismos.

Además de entregar sus propios deseos y planes, permítame mencionar otro modo en el que mostrar a su esposa un amor como el de Cristo puede dolerle. Puede lastimarle porque quizás ella no responda inmediatamente de la manera que a usted le gustaría. Puede que ella dude de su sinceridad, o se muestre indiferente a sus intentos de practicar un amor sacrificado.

Digo esto porque de lo que estamos hablando aquí no es de una varita mágica que un marido pueda agitar sobre su matrimonio e, instantáneamente, borrar años de frustración o de angustia. Es posible que un esposo deba perseverar durante un periodo de desconfianza, escepticismo o incluso hostilidad, con objeto de romper la cáscara protectora que su esposa ha levantado en torno a su corazón.

Por eso un marido debe seguir el ejemplo de

Cristo y perseverar. Con esto quiero decir que un esposo debe seguir amando a su cónyuge aunque ella no aprecie o ni siquiera merezca su sacrificio.

Así es como Cristo nos amó. Pablo dijo en Romanos 5 que es fácil amar a las personas que son buenas y amables. «Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro. 5:8). Nosotros no éramos buenos, ni era fácil amarnos. Pero Jesús no dijo que si le tratábamos bien, Él nos amaría. Él nos amó incluso cuando le ignorábamos, y cuando pisoteábamos su amor en el fango.

Espero que usted sepa que Jesús podría haber descendido de la cruz. Como dice la antigua canción *gospel*: «Podría haber llamado a mil ángeles». Jesús no tuvo por qué quedarse en la cruz, pero el amor lo mantuvo allí sujeto.

Jesús estuvo dispuesto a sufrir y a morir por nosotros, y Dios pide a los maridos que imiten a su Hijo en sus hogares. Pero a los hombres les cuesta esto, porque por naturaleza somos negociadores. Muchos maridos establecen pactos con sus esposas, incluso cuando no los expresan oralmente. «Si satisfaces mis necesidades sexuales, te amaré. Si preparas mi comida y me dejas ver los deportes, y no gastas demasiado dinero, todo irá bien».

Pero cuando empezamos a poner condiciones a nuestro amor, lo redefinimos y lo apartamos del significado bíblico. Una vez más, no digo que siempre será fácil, porque quizás usted no obtenga la respuesta que andaba buscando.

Un hombre me dijo: «¡Mi esposa es la que me impide amarla!». Sé lo que quería decir, porque su matrimonio tenía problemas. Pero aun así tuve que indicarle que partía de un punto equivocado. El amor como el de Cristo no establece pactos «si tú haces, yo haré».

Puede que usted me diga: «Tony, ese tipo de amor parece muy arriesgado. Me está diciendo que tengo que arriesgarme a que me malinterpreten, me maltraten o incluso me rechacen, y todo por amar y servir a mi esposa. ¡Me dice que tengo que exponerme a la crucifixión!».

Eso es. El amor del que hablo es arriesgado, e implica una cruz. Por eso su fe no debe estribar en su capacidad de amar, ni siquiera en la respuesta de su mujer, sino en el Dios que «resucita a los muertos» (2 Co. 1:9).

Jesús sabía que si recorría todo el camino hasta el Calvario para derramar su sangre y morir por nuestros pecados, su Padre le levantaría de entre los muertos. Usted dice: «Pero Dios no me está sacando de la tumba. No experimento su poder de resurrección en mi matrimonio».

Quizá se deba a que usted aún no ha muerto para sí. No se puede resucitar a alguien que no haya muerto. El verdadero amor conlleva sufrimiento, incluso hasta el punto de ir a la cruz.

SUSTITUIR A SU ESPOSA

La tercera manera en que un esposo manifiesta el amor de Cristo a su esposa es mediante la sustitución.

En Romanos 5:8 leemos sobre la muerte sustitutiva de Jesús por nosotros. Ocupó nuestro lugar y recibió el castigo por nuestro pecado. Nosotros éramos quienes merecíamos estar en la cruz. En lo relativo a Jesús como nuestro sustituto, no había ninguna duda sobre quién tenía razón y quién no. No podíamos presentarle ningún argumento con el que justificarnos.

**CABALLEROS, SI QUIEREN QUE
SUS ESPOSAS SE CONVIERTAN
EN UN CÓNYUGE AMANTE Y
SENSIBLE, LA PELOTA MATRIMONIAL
ESTÁ EN SU CAMPO.**

Por lo tanto, si un esposo quiere ser salvador, un ejemplo de Cristo en su hogar, debe estar dispuesto a recibir el golpe sin discutir sobre quién tiene razón, y sin defender su derecho de tenerla y decir la última palabra.

En el fondo, los hombres somos detectives. Tal vez esto se deba a haber visto tantas películas de misterio («¿quién es el culpable?»). Pero nos gusta investigar, saber quién dijo qué primero y quién hizo qué. Nos gusta examinar las evidencias, para llegar hasta el culpable y asegurarnos de que se haga justicia, y que se sepa quién cometió el crimen.

Por supuesto, normalmente nuestras esposas abordan el conflicto o el desacuerdo matrimonial

desde un punto de vista totalmente distinto. Les interesan más las consecuencias personales y emocionales del conflicto que discutir sobre quién lo empezó o quién tiene razón.

Esto quiere decir que habrá situaciones en las que un esposo pueda sentirse justificado para insistir en que él tiene razón. Pero la consecuencia emocional de adoptar esta postura supera con creces la satisfacción momentánea de decir «Tengo razón, y lo sabes». Es posible ganar la batalla temporal y perder la guerra matrimonial.

Este tema de tener razón y autojustificarse es importante para los hombres. Estamos predispuestos de tal manera que nos gusta tener razón, y nos gusta que otros sepan que la tenemos, ¡incluso cuando estamos equivocados! En ocasiones, hasta llegamos a mentir antes que admitir que no sabemos de qué estamos hablando.

Una de las áreas en las que se manifiesta esta tendencia con mayor frecuencia es la conducción. No hay un solo hombre en este mundo que no crea, en lo más hondo de su ser, que podría seguir una pista en medio de un bosque sin senderos, al estilo de Daniel Boone. Puedo asegurarle que la esposa de Daniel Boone nunca le dijo: «Cariño, ¿seguro que sabes a dónde vas?» Pero nuestras consortes nos formulan esta pregunta con frecuencia. Es posible que estemos tensos como un clavo, buscando desesperadamente un indicador o una salida. Pero claro, no vamos a admitir que nos hemos perdido. «Oh, sí, sé exactamente dónde estamos».

Las mujeres no entienden que pedirnos que nos detengamos y preguntemos el camino a alguien hiere nuestra masculinidad. Así que seguimos adelante, mientras oramos entre dientes: «Padre, enséñame por dónde tengo que ir».

Yo tengo este mismo problema, unido al hecho de que aborrezco detenerme a poner gasolina. Sé que nuestro coche puede seguir circulando incluso cuando el indicador de combustible señala la «E», así que no me da miedo pasar de largo por delante de algunas gasolineras.

Esto a mi mujer la pone muy nerviosa, y en cierta ocasión casi tuve un problema grave con ella cuando me salté varias estaciones de servicio en la autopista y ella seguía sugiriéndome, cariñosamente, que quizá fuera conveniente detenerse en la siguiente. Seguí adelante y, como era de esperar, cuando realmente necesité ponerle combustible al coche, empecé a sudar porque no veía una sola gasolinera.

Toda mi vida matrimonial pasó por delante de mis ojos cuando, desesperado, tomé una salida mientras el motor del automóvil empezaba a fallar. Descubrí, muy aliviado, que la salida estaba en la pendiente de una colina, cuesta abajo, ¡y había una gasolinera al pie de ella! Conduje el coche hasta la estación, con el motor apagado, como si fuera lo más normal del mundo.

A los hombres les gusta tener razón, pero la sustitución dice que tenerla no es lo más importante. De hecho, permítame que le cuente lo equivocados que usted y yo estábamos ante Jesucristo. Él ocupó

nuestro lugar, y cargó con nuestro castigo, incluso cuando estábamos en nuestro peor momento como viles pecadores.

Después de lo que Jesús ha hecho por usted y por mí, no debería haber nada que nuestras esposas puedan hacernos o decirnos que pueda inducirnos a no ser sus sustitutos. Dios nos ha ordenado que amemos a nuestra esposas incluso si no lo merecen, porque si las amamos solo cuando lo merecen, ¿qué lugar ocupa la gracia? De hecho, cuando más debemos amar a nuestras mujeres es cuando menos lo merecen.

Cuando asesoro a una pareja que está comprometida y se va a casar, hablamos de diversas áreas de sus historias personales, aquellas que aportarán a su matrimonio. Una de las áreas sobre las que pregunto es si la futura esposa tiene alguna deuda. Si es así, pregunto a su futuro marido si está dispuesto a asumir esa deuda.

Él no solo tiene que admitir la existencia de aquella deuda (e incluso las elecciones equivocadas que ella tomó para contraerla), sino también asumirla como propia, si es que desea satisfacer su papel como marido.

Dentro del matrimonio, si una esposa hace algo que está mal y que tiene consecuencias negativas, un marido no solo debe perdonarla, sino también protegerla, asumiendo esas consecuencias como si fueran propias. Al hacerlo, cumple el papel de su sustituto.

Ahora bien, antes de que usted deje a un lado

esta guía sobre el matrimonio porque todo esto parece exigir demasiado trabajo y mucho sacrificio, permítame que le recuerde algo. Las mujeres nos responden. Están preparadas para reaccionar positivamente ante el amor, la atención y el cuidado de sus maridos.

A las mujeres casadas de nuestra iglesia de Dallas les hice esta pregunta: «Si sus esposos les manifestaran el tipo de amor sacrificado, sufriente y sustitutivo que Jesucristo manifiesta a la Iglesia, ¿tendrían buenas noticias para ellos?». La respuesta fue rotunda y positiva. Estoy convencido de que esto es lo que anhelan nuestras esposas (en ocasiones, lo necesitan con desespero), incluso aunque no lo expongan en términos teológicos.

Caballeros, si quieren que sus esposas se conviertan en un cónyuge amante y sensible, la pelota matrimonial está en su campo.

